

conocidos, le recibió con agrado. Ojeda le invitó entonces á marchar á la Isabela para arreglar las condiciones de la paz con el almirante, debiendo ser el vínculo de union de las dos naciones, la campana mayor de la iglesia de la Isabela. Aquella campana era la admiracion de los indios, y creian que su sonido era la voz que hablaba á los cristianos. Caonabo habia manifestado siempre grandes deseos de poseerla, y anhelando verla, se resolvió marchar á conferenciar con Colon. Para presentarse con todo el poder y pompa que le correspondia, dispuso que le acompañase un número considerable de guerreros. Ojeda le hizo presente que no era preciso llevar el numeroso ejército que llevaba. «No es propio de un gran príncipe como yo—contestó Caonabo, con arrogancia—ir de un punto á otro con escasa comitiva». Ojeda no quiso replicar para no despertar sospechas, resuelto, de cualquiera manera que fuese, á apoderarse del cacique y llevarle prisionero.

Puestos en marcha, hicieron alto cerca del rio Jegua, que era un punto que convidaba al reposo. Ojeda, que buscaba la ocasion oportuna para realizar su plan, creyó que aquella era la mas á propósito. Sacó entonces, como por acaso, unos grillos de acero, perfectamente labrados, que brillaban como la plata. Caonabo, admirando el deslumbrante color y la forma, preguntó lo que eran. «Son—contestó Ojeda—unos ornamentos de origen celestial que llevan los monarcas de España en las grandes ceremonias, y que el almirante me ha dado para que os presente como regalo suyo». Viendo que el cacique anhelaba recibir el que juzgaba sorprendente regalo, le invitó Ojeda á que se acercasen al rio para bañarse los dos en él, ponérselos en

seguida, y montando en su caballo, presentarse á sus vasallos con el brillante adorno que debia sorprenderles. Caonabo no podia sospechar que hubiese temerario que intentase arrancarle de aquel sitio estando acompañado de un numeroso ejército, y se acercó al rio con el capitán español y algunos de sus principales guerreros. Los compañeros de Ojeda se aproximaron tambien para presenciar la ceremonia. Despues de haberse bañado los piés, le ayudaron á subir á las ancas del caballo, en el cual estaba ya montado Ojeda. Entonces uno de los compañeros de éste le puso los grillos con gran satisfaccion del cacique, y empezaron á galopar suavemente al rededor del bosque. Los indios miraban con satisfaccion á su señor montado en uno de aquellos briosos animales, juzgando que era un paseo; pero pronto se desengañaron de su error. Ojeda, penetrando entre la maleza de un bosque con los suyos, partió al galope con su presa, despues de haberle afianzado bien con cordeles para que no se dejase caer, atravesó el Jegua, y desapareciendo por entre las selvas, llegó á la Isabela con su prisionero, despues de haber atravesado cosa de sesenta leguas por entre poblaciones indias.

Caonabo sufrió con resignacion su desgracia; pero al mismo tiempo que admiraba el arrojo de Ojeda, miraba con desden á Colon. Cuando entraba el almirante á verle, Caonabo no le saludaba; pero cuando iba á visitarle Ojeda, se paraba con muestras de aprecio y le saludaba. Notando Colon aquel desvío hácia él y la atenta deferencia hácia Ojeda, le preguntó la causa de ella. «Es—contestó el arrogante indio—que nunca me humillaré delante de ningun traidor que no ha tenido valor para ir en persona á

ejecutar su traicion, y admiro el arrojo y osadía de un oficial que, obedeciendo las órdenes de su superior, lleva á cabo una hazaña sin ejemplo».

El deseo de salvar á Caonabo del poder de los españoles hizo que su hermano Manicaotex, que entró á gobernar en su lugar, armase á todos sus vasallos. Animada del mismo sentimiento su esposa Anacaona, hermana del cacique Behechio, que mandaba la provincia de Jaragua, hizo que éste uniese sus fuerzas á las de su cuñado. Al ver los demás caciques de la isla los preparativos de guerra contra los españoles, entraron en la liga; y reuniendo, entre todos, un ejército de cien mil hombres, se situaron en la Vega. Solamente Guacanagarí volvió á negarse á entrar en la coalicion, poniendo en conocimiento del almirante lo que pasaba.

Coalicion de los caciques contra los españoles: son vencidos. Los caciques se declaran feudatarios. Colon reunió doscientos hombres de infantería y veinte de caballería, y acompañado de su hermano D. Bartolomé se dirigió al encuentro del enemigo. Los caciques indios, al saber el corto número de soldados que marchaba á combatirles, se rieron de su temeridad; pero pronto vieron que la disciplina y el arte de la guerra son el todo en las batallas. Colon dividió su corta fuerza en varias secciones, y atacó al ejército enemigo descargando sus arcabuces y ballestas. Los indios, que no guardaban formacion, empezaron á desbandarse. Al verlos desorganizados y en confusion, se presentó Ojeda con la caballería, y precipitándose lanza en ristre contra las desordenadas columnas indias, las puso en precipitada fuga.

Los caciques, viendo que no les quedaba otro medio de

salvarse de la persecucion y de la muerte, que el de implorar el perdon y la paz, celebraron un convenio, declarándose feudatarios de los reyes de Castilla. Unicamente el cacique Behechio, cuya provincia de Jaragua se hallaba lejos de la Isabela, en el extremo oriental de la isla, se retiró sin someterse, llevándose, para que viviese con él, á su bella hermana Anacaona, que habia perdido la esperanza de libertar á su esposo Caonabo.

Así terminó la poderosa coalicion en que habian puesto su esperanza los caciques de la isla. La derrota sufrida ante un puñado de hombres, les hizo ver su impotencia para intentar nuevos levantamientos, y la conviccion del poder de sus contrarios les obligó á someterse á sus vencedores.

Sensible les debió ser á los caciques declararse feudatarios de una nacion extraña; pero este sentimiento se dulcificaba en parte, viendo que se les dejaba en el poder, gobernando á sus vasallos de la manera misma con que les habian gobernado. Los monarcas españoles, concediendo á los pueblos sometidos que tuviesen sus caciques, aun por sucesion, dejándoles gobernarse segun sus leyes y costumbres, obraban dignamente, pues hacian menos penosa la sumision.

Colon, viendo sometidos á los caciques, les señaló á cada uno de ellos el tributo que debia pagar. Deseaba enviar á los soberanos alguna cantidad de oro y otras producciones que, á la vez que les indemnizasen en algo los grandes desembolsos hechos, hiciesen ver á España que las riquezas por él ponderadas no eran delirios de su imaginacion, como se decia públicamente. Dominado por esta idea, trató

de sacar una renta no despreciable de las provincias sometidas y de la isla. En Cibao y en las tierras en que habia oro, mandó que cada individuo de mas de catorce años, pagase, por trimestre, la medida de medio cascabel de polvo de oro. Manicaotex, hermano de Caonabo, debia entregar, en el mismo artículo, tambien cada tres meses, lo que equivaliese á setenta y cinco duros (1). En los distritos en que no habia minas, el impuesto era una arroba de algodon por persona, cada trimestre.

Lisonjeándose de los buenos resultados que producirian sus disposiciones, se propuso reunir por de pronto, aunque fuese en corta cantidad, algun oro, para enviarlo á los soberanos en el primer buque. Pronto se hallaron dispuestos algunos para salir, llevando algunos enfermos. Colon, viendo que el oro que habia reunido era muy poco, lo acompañó de muchos frutos y plantas que se habian encontrado en la isla, y que debian ser acogidos con aprecio. Conociendo que la parte que remitia en oro era insignificante, quiso aumentarla, enviando algo que llegase á producir una cantidad regular de dinero. Con este objeto mandó embarcar quinientos indios, hechos prisioneros, así en las islas caribes como en las provincias sometidas, para que se vendiesen como esclavos en Sevilla y quedase su producto en favor de la corona.

El ilustrado historiador Washington Irving, aunque sintiendo justamente este acto de Colon, dice, con muy recto juicio; que «las costumbres de aquellos tiempos son su única disculpa.» Con efecto, sabido es que los moros

(1) Se les habia impuesto doble cantidad, pero quedó fijada la referida.

consideraban como esclavos á todos los prisioneros cristianos, y que los portugueses hacian lo mismo, en sus posesiones de Africa, con los prisioneros que hacian, vendiéndolos en los mercados. Pero padece un lamentable error cuando para disculpar el hecho del ilustre descubridor del Nuevo Mundo, afirma que «la mas alta autoridad de la Iglesia misma sancionaba el cautiverio y la esclavitud contra las naciones bárbaras é infieles.» Todo lo contrario ordena, como ha visto el lector, la bula concedida por el Papa Alejandro VI á los Reyes Católicos al enviar su gobierno á la América. Lejos de manifestarse de acuerdo con esa doctrina, les ordena que velen como amorosos padres por el bien de los nuevos pueblos; que no atenten á su libertad personal; que les instruyan en las máximas de la religion cristiana, y que no descuidasen la obligacion de velar por el buen trato, la seguridad y la instruccion de los indios. La misma recomendacion, la misma doctrina de humanidad y de garantía para los indios, presentan otras varias bulas pontificias que, como la primera, no han sido sin duda examinadas por los que han emitido el juicio equivocado respecto del sentir de la Iglesia. Paolo III declaró en 1537

Isabel manda poner en libertad á los indios prisioneros enviados por Colon y conducirlos á sus paises. «que los indios, aunque fuesen infieles, no podian ser despojados de sus bienes, pues eran dueños de ellos.» La magnánima reina Isabel, teniendo presente constantemente los humanitarios sentimientos del jefe de la Iglesia, ordenó en su testamento que, «habiéndoseles hecho la concesion de los descubrimientos, á condicion de que sus habitantes fuesen considerados como hombres libres y recibiesen

la instruccion por medio de la caridad y del buen trato, mandaba que, siendo aquel su principal fin, pongan mucha diligencia y no consientan ni den lugar á que los indios vecinos y moradores de las Indias y tierra firme, ganadas y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes.»

El acto de Colon no está sancionado, pues, por el Papa, sino disculpado justamente por la costumbre que, en su política, seguian entonces todas las naciones.

Sin embargo, es preciso hacer, para ser justos, una distincion honrosa para España, con respecto á la América. Desde su descubrimiento se prohibió la esclavitud para los habitantes de ella, y se recomendó por los reyes el buen trato y consideracion hácia los indios.

Por eso era imposible que la reina Isabel acogiese bien el envío de los prisioneros de Colon para venderlos como esclavos. La magnánima soberana mandó que inmediatamente se pusieran en libertad y que se les volviese á llevar á sus países. ¡Conducta noble que revela el sentimiento filántropo que animó á la católica soberana de Castilla en el descubrimiento del Nuevo Mundo!

CAPITULO VIII

Acusaciones contra Colon.—Parte para España para conjurar la tormenta que le preparaban sus enemigos.—Muere en la navegacion el cacique Caonabo.—Se dispone el tercer viaje de Colon.—Pide y se le concede que los delinquentes, excepto los asesinos y sacrilegos, sean enviados á las islas á trabajar.—El hermano de Colon envia á España mas indios prisioneros: los Reyes Católicos lo desapruedian.—Vuelve Colon á la Española.—Rebelion de Roldan y convenios celebrados con él.—Origen de los repartimientos en la América.—Empieza Colon á perder la gracia de los reyes: causa que hay para ello.—Se le quita el vireinato.—Los reyes envian para examinar la conducta de Colon, á D. Francisco Bobadilla.—Pone preso á Colon mandando echarle grillos.—Es conducido así á España.—Los reyes desapruedian la conducta arbitraria de Bobadilla con Colon, y mandan que inmediatamente se le quiten los grillos.—Los reyes reciben á Colon con cariño y le hacen ver que Bobadilla ha obrado arbitrariamente.

Mientras Colon hacia esfuerzos para enviar cuanto pudiese patentizar que las islas descubiertas compensarian alguna vez los enormes gastos que entonces causaban á España, Margarite, el desleal comandante que salió de la isla sin solicitar licencia de Colon, trabajaba, en union de otros muchos descontentos que, como él, habian vuelto á